

Soberbia

Requin



Capítulo 1

SOBERBIA

—¡Mamá, mamá, vinieron de nuevo! ¡Nos van a llevar de paseo! Gritaba y corría el pequeño Andrés, cruzando la arena hasta llegar a su madre, quien lo miraba con preocupación cada vez que hablaba de sus “amigos”.

Desde que el pequeño cumplió cuatro años, su madre lo oía reír cada noche antes de dormir. Al comienzo pensó que jugaba, pero su inquietud crecía cuando lo oía mantener largas conversaciones sobre su familia y sobre sus gustos. Siempre entraba en la habitación de Andrés al oírlo, pero todas las veces lo encontró solo. Al comentarlo con su esposo, este le restó importancia aludiendo a la activa imaginación de Andrés, a su edad y que es normal que los niños tengan amigos imaginarios. Le recordó que Samantha pasó por lo mismo cuando tenía la misma edad y que terminó tan abruptamente como había iniciado. Esta explicación la tranquilizó por unos meses, pero una vez pasado un año desde el inicio de estos relatos, el pequeño ya había informado de cada detalle familiar a sus amigos. A su corta edad, Andrés ya manejaba contextos, un amplio vocabulario y su madre lo vio en más de una oportunidad repasando e identificando las letras que veía en la caja de cereal.

Sin previo aviso, Samantha decidió enseñarle a leer y escribir, ya que, según lo que comentó a su madre, mostraba gran interés y habilidad para aprender. Ella se sentía muy orgullosa de que su pequeño hijo fuera tan aventajado académicamente y eso alejó de su mente a los supuestos seres que vendrían por él.

Una tarde de verano, mientras cenaban, Andrés comenzó a hablar abiertamente sobre sus amigos, usando un tono solemne y serio.

—Mamá, papá, mis hermanos mayores vendrán por mí mañana. Me necesitan para entendernos mejor y me llevarán a vivir con ellos a un lugar con mejores condiciones para mi desarrollo físico y mental. Consideran que estos cinco años hemos tenido bastantes pérdidas debido a las carencias en mi entorno. También llevarán a Samantha porque su material genético y su capacidad reproductiva son invaluable a pesar de la negligencia de no haberla alimentado naturalmente cuando nació. Deje todos mis asuntos en orden, por lo que no deberán preocuparse de nada. El padre de Andrés simplemente esbozó una sonrisa estúpida y vacía. Samantha miró a su madre con resentimiento y esta, contrastando con todos sus interlocutores, estalló.

—¡Basta! ¡Basta con esto, me están volviendo loca! ¡, Andrés, hijo, estás diciendo cosas que no son reales, no es posible que seres que nadie ve, te estén diciendo esas cosas. Eres muy inteligente, demasiado en realidad, pero me estás haciendo sufrir con estas historias. No sé cómo te enteraste de la lactancia de Samantha, pero por favor detente...—luego de decir esto, cubrió su rostro con ambas manos y lloró—.

—Eres tú quien debe detenerse —la regañó Samantha— deja de comportarte como una niña malcriada que cuestiona y se asusta de todo lo que no comprende en lugar de intentar aprender de ello.

La mujer no daba crédito a lo que oía, tal falta de respeto de su hija, el nivel de indiferencia de su esposo, el desdén de su hijo. Ese discurso. Levantó el rostro con los ojos muy abiertos, los miró a todos, se levantó en silencio y se fue a su habitación. Se sentó suavemente en la cama y luego de varios minutos mirando al vacío, decidió ser racional. Respiró hondo y dejando de lado tanto su orgullo de mujer como de madre, analizó lo que supuestamente sucedería en menos de veinticuatro horas. Perdería a sus hijos, “Andrés dejó todo listo”, en esos momentos deberían estar discutiendo la situación en lugar de comportarse de ese modo, “como una niña”. Además, si no se concretaba el famoso viaje, podría poner fin a toda esa fantasía.

Salió de la habitación y regresó al comedor. Su familia la esperaba, estaban tan seguros de que volvería que su comida estaba nuevamente caliente y ellos bebían aguas aromáticas. Se sentó. Samantha y Andrés, la miraban nuevamente como hijos que respetan y aman a su madre. Ya no veía esos rostros críticos y desdeñosos que la hicieron llorar. Su esposo, se mantenía en silencio, con la mente abierta, esperando.

—Lo siento, perdí el control —dijo avergonzada—.

—Nosotros también lo sentimos mamá —comentó Andrés— fuimos demasiado bruscos contigo.

—Es cierto, mamá, lo sentimos —completó Samantha— come por favor.

La mujer se tomó su tiempo para comer sabiendo con certeza lo que tomaría lugar cuando terminara su cena. Una vez terminó, su esposo se puso de pie, tomó el plato de su mujer, lo llevó a la cocina, le trajo un té y volvió a su puesto. Todos esperaron que hablara, ya que, al parecer, era la única que tenía dudas respecto al inminente viaje de sus hijos.

—¿Dónde los recogerán? —preguntó con precaución, sabiendo que no era necesario simplificar su lenguaje o andar con rodeos—.

—En la playa a las cuatro de la tarde —respondió pacientemente Andrés—.

—¿Cómo serán trasladados?

—Con un pequeño cambio en el estado de nuestra materia, nada que nos haga daño

—Sonará estúpido, pero ¿vendrá una nave o algo así?

—No madre, ellos hace mucho tiempo usan la teletransportación. El uso de naves es para que la humanidad no colapse cuando ellos decidan mostrarse libremente.

—¿Cómo explico a todos tu ausencia y la de tu hermana?

—Madre, dejé todo en orden. Legalmente, no existimos, las personas que nos conocen recibirán un poco de ayuda para olvidarnos. Nos hemos deshecho de todo; ropa, fotografías, redes sociales, documentos, todo.

—Yo no podré olvidarlos. Son mis hijos, los parí con dolor, los amo profundamente y no sé si podré vivir sin ustedes.

—Madre, tienes que entender que esto es por un propósito más alto, es para que la humanidad evolucione nuevamente. ¿Has notado el retroceso

que hemos tenido? Ya no hay grandes pensadores, o físicos. Hace décadas que no hay premios Nobel, la gente se está volviendo cada vez más estúpida. El acceso a información y conocimientos ahora es infinito gracias al Internet, pero lo usan para jugar y perder el tiempo. Estamos involucionando, madre las mentes no están siendo estimuladas, se encogen, los cuerpos tampoco reciben el trato que merecen, la gente es consciente y sabe perfectamente lo que debe hacer para llevar una buena vida y, aun así, no lo hace. Madre, te amo, pese a lo irracional que es esa idea, pero si me dejas viviendo aquí, moriría de desesperanza y frustración, realmente no puedo con esta humanidad —dijo el pequeño con lágrimas en los ojos— por favor madre.

—Samantha, ¿también te sientes de ese modo?

—Sí madre.

—¿Qué piensas de todo esto? —dijo la mujer mirando suplicante a su esposo, quien ahora se veía decidido y fuerte—.

—Los niños tienen razón, hace mucho tiempo me di cuenta de lo que sucedía. Los estimulé, les hice pruebas y la conclusión siempre ha sido la misma, tienen capacidades que van más allá del promedio, incluso de los promedios más altos de la historia. No creo que inventen semejante mentira para mortificarnos, para quedarse sin hogar y sin padres, la sola idea va en contra de toda lógica e instinto de auto conservación. Deben irse—.

Pasaron gran parte de la noche discutiendo, preguntando, explicando, acordando. Optaron por no dormir. Finalmente, la mujer aceptó. Comprendió y se sintió feliz. Ella colaboraría con la evolución de la humanidad a través del fruto de su vientre, con todo el tiempo que pasó cargando, nutriendo y amando a dos elevados. Pidió perdón a Samantha por todos los años que tuvo que esconder sus capacidades, yendo al colegio a aburrirse. Ella le explicó que su padre siempre la acompañó en sus procesos formativos, que cuando su hermano nació y vio que era como ella, sentía que su vida cobraba propósito y que solo debía tener paciencia. También le dijo a su madre, disculpándose con ella de antemano, que le encantaba cuando trataba de ayudarla con sus deberes escolares, ya que le gustaba la cercanía entre ambas, pese a que todo lo que esta trataba de enseñarle, académicamente hablando, estaba incorrecto. Rieron, se abrazaron, lloraron. Afrontaron como una familia lo que todo el mundo esquiva, la despedida de un ser amado. De dos seres amados.

Lo que reconfortaba a la madre, era que sus hijos no morirían, sino que irían a un lugar “óptimo para su desarrollo” como decía su pequeño Andrés. Desayunaron con abundancia para enfrentar este decisivo día. Eran las tres de la tarde cuando emprendieron el camino a la playa, la cual pese a ser un balneario muy concurrido, estaba desierta. Era un día muy soleado y no había nubes en el cielo. La madre notó de inmediato la interrupción del paisaje, había un edificio de veinte pisos a cincuenta metros de la orilla, en medio del océano. No se asustó, no sabiendo si

atribuir aquella indiferencia a la pena o al sueño.

Los cuatro caminaban descalzos por la arena. Estaba tibia, lo que era muy reconfortante. El pequeño comenzó a correr en dirección a la orilla del mar, el padre y la madre caminaban lentamente con Samantha acompañándolos. Andrés volvió corriendo y gritando hacia ellos.

—¡Se mostraron mamá! ¡Se mostraron para todos puedan verlos!

La mujer miró hacia el edificio plantado en el mar y en la ventana del piso diez, había tres figuras vestidas de rojo, usaban capuchas, sus pieles eran totalmente negras y usaban unos enormes anteojos redondos de color verde, que era lo único que pudo distinguir con claridad. Las tres figuras en la ventana formaban un triángulo y se mantenían completamente inmóviles. La madre y el padre miraban fijamente hacia el edificio, Samantha y Andrés comenzaron a reír y celebrar.

—¡Mamá, papá, dicen que pueden venir con nosotros! —Gritó Samantha llena de júbilo.

—Dicen que debemos tomarnos de las manos y ellos harán el resto —dijo Andrés con cautela.

La madre, quien ya había comprendido y aceptado todo, sin quitar la mirada de aquella ventana, tomó la mano de su esposo, quien ya la tenía extendida, esperándola. Samantha tomó la mano de su padre y Andrés la de su madre. Formaron una media luna y comenzaron a balancearse lentamente de izquierda a derecha repetidamente. De algún lugar del edificio se oía un sonido apagado y repetitivo, como un tambor que marcaba el ritmo de este extraño ritual. Los cuerpos de estos cuatro humanos comenzaron a deformarse creando una extraña y enorme masa de color café cubierta de ojos amarillos y anaranjados. Esta masa continuaba balanceándose de un lado a otro, meciéndose, uniendo.

En ese momento aquella familia había formado una potente unidad. En su interior, los cuatro escuchaban el sonido de los colores, el aroma de los sentimientos, la sensación que provocaban las letras al tacto. Estaban en una dimensión diferente, en la que todo era compatible con los cinco sentidos humanos. Totalmente entregados y con toda la certeza de ir a un sitio mejor, la familia, ese extraño bulto que se había formado en la arena, desapareció con un destello que salía del edificio, de aquella ventana. Con otro destello de luz, el edificio desapareció junto con toda evidencia de que esta familia alguna vez existió.

Los hermanos mayores recurrieron a la relatividad, convirtiendo este gran espectáculo en cosa de un segundo. El nacimiento de una nueva especie, únicamente duró... Un segundo.

Samantha fue la primera en notar que algo estaba mal, era más inteligente que sus padres, pero menos que su hermano; para cuando quiso reaccionar era demasiado tarde. Su hermano ya había devorado a sus padres y ellos solo se dieron cuenta un momento antes del término de su existencia tanto en esta como en todas las demás dimensiones. Por fuera, esta unidad seguía viéndose como aquella masa enorme llena de ojos, por dentro la noción era diferente, los tamaños eran otros, los cuatro

integrantes de la familia formaron un enorme ser cuyo rostro se veía como el de Andrés pero un Andrés de veinticinco años. Tenía grandes músculos en todas sus extremidades, el cabello blanco y largo hasta los hombros, peinado hacia atrás. Al estar distorsionadas las dimensiones, Samantha veía dentro y fuera de este cuerpo. Pocos momentos antes notó que la mano derecha de Andrés tenía siete dedos, la izquierda tenía seis. No era un humano perfecto, entonces ¿por qué los hermanos mayores decidieron darle un espacio en su comunidad? ¿Cuánto tiempo habían pasado como unidad? ¿Alguien habrá visto algo en la playa?.

Andrés notó que Samantha conservaba su conciencia, por lo que decidió atacar su psique antes de hacerla desaparecer. La hizo saber que sus padres estaban contenidos en los dedos que sobraban en la mano derecha de Andrés; en cada punta de esos dedos había un ojo, uno de su madre y uno de su padre. Cuando él se los mostró, estos ojos vieron a Samantha y la miraron suplicantes; luego Andrés metió ambos dedos en su boca y los arrancó de un mordisco, la mano se curó y equilibró para recuperar la armonía de una mano humana de cinco dedos. Samantha ya no sentía a sus padres, no podía olerlos ni leerlos. Andrés los absorbió e hizo desaparecer sus conciencias, sus recuerdos y transformó su materia hasta convertirla en un músculo más de ese cuerpo casi perfecto. Samantha entendió que el sexto dedo de la mano izquierda era ella y que no podía evitar lo que iba a suceder. Dejó de tener la visión de ambas dimensiones y en ese momento solo veía la boca abierta de Andrés, hacia donde se dirigía. Intentó alertar a los hermanos mayores de lo que estaba sucediendo, pero fue ignorada. Luego pasó a ser parte de la nada al igual que sus padres. La materia solo se transforma, pero la conciencia puede ser apagada. Los últimos sonidos que Samantha logró distinguir fueron crujidos. Los crujidos de los huesos que daban estructura a ese dedo. Andrés ya estaba completo, habiendo consumido para beneficio propio a dos generaciones de su familia. Necesitaba todo el material genético que dio paso a su propia existencia. Los hermanos mayores verificaron que el proceso de Andrés había sido completado. En ese momento ya habían llegado a su propia dimensión.

Andrés llegó como todo un campeón, luciendo un cuerpo y una mente que para él eran perfectos. Los hermanos mayores tenían otros planes. Lo capturaron, lo encerraron, lo torturaron física y psicológicamente. Hace mucho tiempo que no tenían a un sujeto de estudio con esas características, tan superiores respecto al resto de los humanos. Tuvieron que esperar a que su proceso de crecimiento se completara, pero estuvieron muy conformes con los resultados. Pese a su gran inteligencia, Andrés no pudo evitar sentir odio por sus hermanos mayores ya que lo habían engañado. No querían que los acompañara ni que elevara el nivel de la raza humana, solo querían un mejor espécimen para estudiar. Decidió hacer una última pregunta en voz alta.

— ¿Cuál es el fundamento?

Una voz respondió directamente a su cerebro

— Pese a todas las herramientas que tenías para dominar tu mundo por ti mismo, decidiste darnos el control, traicionaste a tu clan, decidiste ser

cruel con ellos, pese a que tienes tal capacidad de raciocinio que no necesitas emociones como el resentimiento o la crueldad y, aun así, las tienes. Lo que nos demuestra que el ser humano tiene maldad pura en su interior y con los estímulos adecuados aflora. Lo hemos estudiado en muchas ocasiones. Pensamos que sería diferente con un humano aventajado, pero no lo lograste. Por tu expresión supongo que recuerdas que mostraste a tu hermana cómo te comías a tus padres, aunque era totalmente innecesario, al igual que mantenerlos despiertos cuando los aplastabas con tus muelas. Como ustedes dirían "qué ironía", ya que haremos lo mismo contigo. Necesitamos tu material genético para nuestros estudios, necesitamos tu cerebro, físicamente por su puesto, y con el fósforo de tus huesos podremos hacer cultivos experimentales. La materia solo se transforma. Tu nivel intelectual era altísimo para otros humanos, pero nosotros nunca hemos necesitado tu ayuda. Solamente queríamos conocer el comportamiento humano cuando estaban en juego cosas como su auto conservación y el poder.

Una gran oscuridad se apoderó de los sentidos de Andrés. Para equilibrar las cosas, los hermanos mayores decidieron dejar únicamente su audición hasta el final.

Oyó cada hueso romperse antes de que su conciencia se apagara y su existencia dejara de ser.